

Creer sin haber visto

Fernando Torre, msp.

Ocho días después de la resurrección, Jesucristo se aparece en medio de los discípulos; en esta ocasión, también Tomás está presente. Tras haber visto y tocado las llagas que los clavos y la lanza dejaron en el cuerpo del Maestro, Tomás hace una profesión de fe. Entonces Jesús le dice: «Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29).

En el comportamiento humano, antes de dar nuestro asentimiento o confiarnos, nada más normal que desear ver, constatar y asegurarnos. Pero en el camino espiritual se nos pide creer en Dios y abandonarnos en sus manos sin haberlo visto jamás (cf. Jn 1,18).

La Carta a los hebreos define la fe en términos de no-visión: «La fe es garantía de lo que se espera, la prueba de las realidades que no se ven» (Hb 11,1). Y San Pablo dirá que, mientras estemos en este mundo, «caminamos en la fe y no en la visión» (2Co 5,7).

Abraham, nuestro padre en la fe, obedeciendo al mandato divino, dejó su tierra y su casa paterna y comenzó a caminar «sin saber a dónde iba» (Hb 11,8), confiado en el Dios que le había prometido una tierra y una descendencia.

Moisés sacó al pueblo de la esclavitud de Egipto y lo condujo por el desierto con el propósito de llevarlo a la tierra prometida. A pesar de las dificultades, Moisés «se mantuvo firme como si viera al Invisible» (Hb 11,27).

Los grandes actores de la historia de la salvación, tanto en el pueblo de Israel (cf. Hb 11) como en la Iglesia, desde sus comienzos y hasta nuestros días, han sido personas de fe.

El creyente busca a Dios, sigue a Jesucristo, se incorpora a una comunidad, asume una misión y está dispuesto al martirio, aunque nunca haya visto a Dios.

¿Somos tú y yo verdaderos creyentes? ¿En qué se manifiesta? ¿Cuándo fue la última vez que, sin ver, nos confiamos en Dios?